

Señor el Desollado?, ¿el impronunciable Tlahuizcalpantecuhtli de Tula?, ¿Quetzalcóatl, tan bueno que rechazó a un pueblo que no estaba a su altura y prometió regresar por la revancha?

Al ver las mansiones del Paseo Montejo me había dado gusto el fracaso henequenero. En las haciendas, la actividad febril del pasado resulta tan detestable como el presente inmóvil. Los hijos y nietos de los peones marcados por el látigo extienden las vacías cuencas de sus manos. Ningún otro gesto perturba el aire desmayado.

Llegué al coche seguido por un niño que no había dejado de pedirme 100 pesos; era lo que le faltaba para completar su “sidra”, apenas se los di, corrió al tendejón.

Me miré en el espejo retrovisor. Lo que vi parecía sacado del museo de cera de Acapulco el día en que se descompuso el aire acondicionado. Arranqué de prisa para que el aire resanara mis facciones.

No estaba en el mejor estado para iniciar la ruta Puuc, pero el libro no se podía detener en la página 114.

EL CIELO VACÍO

El número 0 sólo ha sido descubierto dos veces en la historia, la primera de ellas por los mayas.

En el Colegio Alemán recitábamos en tono monoorde lo que el mundo le debía a México: el chocolate, el agave, el chile cuaresmeño... una larga lista de semillas y legumbres hasta llegar a la única patente tecnológica: el 0

maya. Por esas épocas se rumoraba que los norteamericanos habían puesto una bomba en el avión del ingeniero Guillermo González Camarena para que no reclamara la patente de la televisión a color. Como el 0 no da regalías, el mundo reconocía que era nuestro.

Sin embargo, quiso la mala suerte que nuestro titular, *herr* Reinhold, fuera un mayista aficionado. Nunca interfería con las únicas dos clases que llevábamos en español, Historia y Lengua Nacional, pero al escuchar que para nosotros Yucatán era como la NASA del pasado, juzgó pertinente aclarar algunos puntos. Por primera vez escuché la palabra “élite”.

La “versión Reinhold” de la historia fue la siguiente: los mayas eran los astrónomos más avanzados de su tiempo, pero todo el saber se concentraba en unos cuantos cerebros. Los sumos sacerdotes tenían un mandato religioso- adivinatorio- matemático- astronómico; predecían desde un eclipse hasta la fecha exacta en que debía plantarse la primera semilla de maíz. Un buen día el pueblo se cansó de la tiranía ilustrada y acabó con la élite. Ningún sobreviviente sabía leer, por no hablar de elevar al cuadrado. Por eso estudiábamos en la *Deutsche Schule* y no en el Instituto Itzamná. Así, a las desgracias nacionales teníamos que agregarle el exterminio de los inventores del 0. Aunque la señorita Muñiz le echó la culpa a los toltecas, no logró que recuperáramos el paraíso de la selva científica: astrónomos que viajaban en lianas y salían de la maleza para llegar a una milpa donde discutían de hipotenusas.

En la infancia se inculca que los mayas eran genios (y lo creemos si no hay un aguafiestas como Reinhold que hable del 14 por ciento de sabios y 99 por ciento de esclavos), pero lo que más se recalca es que hayan logrado esa condición que los maestros no conciben en los indios: ser pacíficos. No es difícil detestar a los conquistadores pero cuesta trabajo aceptar que el equipo por el que uno agita sus banderines saque corazones con cuchillos de obsidiana. La señorita Muñiz se ensañaba describiendo los castigos que recibiríamos si fuéramos niños aztecas. Me imaginaba teniendo que conjugar el verbo “soldar” con una espina de maguey encajada en la lengua y casi agradecía los reglazos del colegio. En suma, si los aztecas eran los héroes del terror, los mayas eran la tribu de la paz. “Ahorita no me molesten que estoy resolviendo un teorema”, parecían decir las efigies de sus dioses. La prueba de que no todos los mexicanos éramos sangrientos estaba en esta nación sin sacrificios.

El *mundo antiguo* apenas se asoma en la secundaria y la preparatoria, así es que mi generación cursó Historia de las Civilizaciones en las páginas de la revista *Duda*, que llevaba el récord actualizado de los muertos a causa de la profecía de Tutankhamón. Su estilo, de una truculenta eficacia, hacía que nos sintiéramos aludidos ante cualquier maldición hitita. Nos acercamos a la historia al punto de temer que un albañil dejara caer un ladrillo en nuestra cabeza para cumplir un conjuro persa. Por desgracia, nuestros conocimientos no se multiplicaron como el espanto. Una de las pocas cosas que “aprendí” en *Duda*:

los mayas, aunque no fueron tan violentos como los aztecas, tampoco fueron el rebaño apacible descrito por la señorita Muñiz.

Al salir de la preparatoria me encontré con un tercer mito: si no todos los mayas eran genios ni todos eran pacíficos al menos todos eran mágicos. Después de varios años de psicodelia y jipismo, mi generación quedó lista para vivir de cara a los encuentros trascendentales, a los instantes luminosos que justificaran exclamaciones como “¡qué loco!” o “¡muy mágico!” Después de oír *Magical Mystery Tour* unas mil veces, el equivalente a tenerlo inyectado, uno estaba dispuesto a encontrar un chamán en cada indio. En México, la Otra Realidad promovida por la psicodelia significaba un viaje al pasado: seguir las rutas sagradas de los zapotecas a Huautla y de los huicholes al Quemado, entrar en contacto con las tradiciones ancestrales que seguían latentes a pesar de los sucesivos imperios del hombre blanco. *Las enseñanzas de Don Juan*, de Carlos Castaneda, tuvo tanto éxito que alteró las rutas de Transportes del Norte de Sonora: cada día eran más los aprendices de brujo que iban al desierto.

No sabemos si los testimonios de Castaneda son ciertos, pero siempre son literariamente verosímiles, en gran medida porque mantienen una actitud de incredulidad: él es el primer sorprendido ante cada prodigio. En cambio, Richard Luxton, en su *Sueño del camino maya*, está demasiado predispuesto a que le sucedan cosas “mágicas”. Su chamán de cabecera es Pablo Balam, un hombre sabio, sin duda, pero que sólo revela secretos prácticos: preser-

var la vida del campo o cocinar armadillo en *pib*. Casi desde el principio Luxton promete desentrañar el enigma de la *escritura dormida* (los mayas dejaron de escribir pero conservaron un lenguaje onírico) y pospone el momento del sueño revelador hasta que el lector tiene ganas de mandarle un Mogadon por correo. Finalmente sueña ¡un signo! y dice con modestia que ha dado apenas el primer paso para recuperar el lenguaje nocturno de los mayas. Luxton es tan “comprensivo” que su indio *tiene* que ser mágico. Sus claves provienen del Popol Vuh equivocado (del grupo de rock alemán y no del libro quiché).

Hoy en día los mayas usan gorras de beisbolistas y pantalones de mezclilla *stone-washed*, son fanáticos de Chicoché y la Crisis y lo más probable es que no sueñen glifos sino oportunidades de trabajo en Cancún. La mayoría de los chamanes, aunque siguen cumpliendo un importante papel como taumaturgos, no derivan su poder de la sabiduría secreta sino de su afiliación al PRI. Aun en la apartada zona de Chan Santa Cruz, el último bastión de los mayas levantiscos, el partido oficial ha logrado que los chamanes hagan el milagro de multiplicar votos.

Es cierto que los mayas conservan su idioma, pero esto no implica que todas sus costumbres sigan intactas. Basta seguir a uno de ellos al tendejón de Coca-Cola más cercano:

–*Diet Coke, ¿ba hux?*

La verdad es que no esperaba llegar a Buctcotz para oír que alguien preguntara el precio de una Coca-Cola

dietética en maya. A fin de cuentas comparto el sueño generacional de Richard Luxton; sin embargo, este libro no puede reclamar el prestigio pop de los momentos mágicos. En las suites de los rocanroleros suele haber un ubicuo gurú. En Yucatán, sólo una persona me aseguró haber visto milagros chamánicos. Por desgracia, también me contó su teoría de la vasija del jaguar. Cierta pieza de cerámica está pintada como una piel de jaguar; mi interlocutor reparó en que las manchas son simétricas, se dedicó a estudiar la pigmentación de los jaguares y llegó a la teoría que publicó en una revista local:

- A. El jaguar africano tiene manchas simétricas.
- B. El jaguar yucateco tiene manchas asimétricas.
- C. Los mayas (con todo y su pintor de vasijas) viajaban a África.

Mi amigo, de plano, tenía mucha necesidad de creer en los poderes mayas. Prefiero no referir su historia del chamanismo.

En Sayil presencié una escena que captura la situación de los mayas actuales. Un artesano tallaba algo que anunció como caoba y parecía triplay, pero lo sorprendente no era el material sino el modelo que usaba: ¡una reproducción en un libro de Sir Eric S. Thompson! Supongo que así se cierra el círculo antropológico: el estudioso como objeto de estudio de los estudiados.

Un final de libro que vale tanto como una aparición chamánica: sugerir que la guerra de castas aún es posible. En 1957 Nelson Reed llegó a Chan Santa Cruz y los mayas le pidieron carabinas para reiniciar la lucha anti-

dzul. El efecto literario es innegable: el autor se convierte en personaje de la guerra que estudia. En lo que a mí toca, vi muchos cazadores con carabina al hombro para ocasionar algo peor que la guerra de castas: el ecocidio general, pero esto es menos espectacular que la revolución posible. Los mayas me cobraron 700 pesos en cada zona arqueológica y no dieron mayores señas de agresividad que el esmero con que rompían los boletos.

Para hacerles justicia hay que despojarlos de los dioses tutelares que les han endilgado tantas teorías, dejar de verlos como sabios, entes mágicos, pacifistas del pasado remoto o rebeldes del pasado inmediato.

Sin embargo, lo más alarmante es que en Mérida se puede pensar cualquier cosa de los mayas, menos que estén vivos. La ciudad manifiesta su orgullo por las pirámides en la medida en que se trata de un legado histórico. No se habla de los mayas en tiempo presente. Lo que está afuera, lo verde, la selva, los henequenales, es el mundo de los indios, los campesinos, los otros.

Enfilé hacia la región Puuc con la esperanza de que los prejuicios no salieran de la cajuela. Ningún homenaje mejor para los mayas que empezar desde 0, como en el origen del mundo del *Popol Vuh* (el libro):

Éste es el relato de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, tranquilo, y los espacios celestes estaban vacíos.

PIRÁMIDES, PIRÁMIDES, PIRÁMIDES

Uno de los logros, no siempre espectaculares, de nuestra nación es ser cuna del mamífero con la sangre más caliente. En efecto, al perro lampiño mexicano le late el corazón a 40° C. Supongo que también es el único animal capaz de retozar de buena gana en el verano de la ruta Puuc.

La península de Yucatán es la zona más plana del país. Puuc quiere decir “serranía”, pero no hay Aconcaguas que escalar; unos cuantos cerritos que conservan el clima de la llanura. Sin embargo, la ruta no es famosa por las depresiones del terreno sino por Labná, Sayil, Kabah, Kiuic, Xlabpak y otros centros donde floreció una arquitectura excepcional en el periodo clásico tardío maya (del siglo VII al X d.C.). No es fácil describir el estilo Puuc y menos aún entender las aclaraciones de los especialistas; hasta los arquitectos se pasman al saber que entre sus características hay cosas tan tremendas como las “columnas de gálibo bastante pronunciado”, los “entablamientos verticales que delimitan el friso tanto en la arquivolta como en la cornisa gracias a molduras achaflanadas y un listel en medio” y los “vanos donde las jambas de las mochetas intermedias marcan un ligero desplome *intencional*” (gran alivio para el neófito que podía haber sospechado que tanta complicación era accidental).

Al llegar a Uxmal, la ciudad más importante de la región Puuc y de toda la península en los siglos VII-X, estaba incapacitado para distinguir las jambas de las mochetas.

Para un inexperto, el estilo Puuc se caracteriza por edificios más horizontales que verticales, generalmente dispuestos en cuadrángulo, con crestería ornamental, arcos triangulares en las fachadas y muchos mascarones del dios Chac. Lo que más impresiona es el contraste de parsimonia y exuberancia; de la cintura para abajo, los edificios son austeros y de la cintura para arriba se permiten cualquier fantasía. Sin embargo, algunos puntos de la ciudad rehuyen lo típico; la Pirámide del Adivino es un homenaje a la ascensión vertical y el Templo de las Tortugas, un cubo sin otro adorno que los caparzones en el techo.

En el Cuadrángulo de las Monjas encontré una excursión de japoneses. El guía parecía al tanto de todas las minucias Puuc; hablaba sin parar ante un público cada vez menos nutrido. También yo busqué refugio en la sombra de los edificios, pero al poner un pie en un cuarto tuve la impresión de penetrar una insensata pajarera: una nube de golondrinas revoloteó hacia la puerta. Escuché el zumbido de los mosquitos, descendientes de los que acabaron con la primera expedición de Stephens y salí a lo que por convención llamaré “aire libre”, una bocanada de calor que impedía fijar la vista. Es raro que hayan sido los etruscos y no los uxmalitas los autores de la creencia de que el viento surge en el infierno. Las delicadas configuraciones que había visto en los grabados de Catherwood carecían de relieve bajo el sol acuchillante.

En el camino al juego de pelota encontré lagartijas, salamandras, iguanas y otros saurios menores. Recordé



un episodio del libro de Stephens donde los guías cazan una iguana y la mutilan escrupulosamente, cuidando que no muera. A Stephens le molesta este brote de crueldad entre sus filas, pero le explican que si el corazón deja de latir, la descomposición de la carne será instantánea. Llegué al Palacio del Gobernador sintiendo que el corazón ya sólo me latía para posponer el descenso del zopilote que planeaba en lo alto.

Como los otros edificios de Uxmal, el Palacio del Gobernador tiene una placa con informaciones que deben ser de gran utilidad para el trailerero que desee desmontar el edificio y llevárselo a Ohio: sólo se habla de metros cúbicos, número de escalones, peso de las piedras.

Frente al Palacio del Gobernador, una pequeña plataforma sostiene al Doble Jaguar, una singular estatua bicéfala donde los escultores intentaron transmitir algo muy alejado de la furia. Los jaguares ven al extranjero con mansa perplejidad.

La elegancia del Palacio del Gobernador y el preciso desenfreno del Cuadrángulo de las Monjas parecían recompensa suficiente. Regresé hasta encontrar la sombra de un laurel. Me senté en una piedra, junto a una japonesa que veía una flor roja con un largo pistilo amarillo. Al cabo de un rato un tipo rubio, de barba espesa y shorts caquis, pasó frente a nosotros llevando una escalera. Decidí seguirlo pero me costó gran trabajo pasar de la potencia al acto. Cuando di los primeros pasos ya había desaparecido. Consulté las direcciones posibles. Me pareció lógico que llevara su escalera al Templo de los Falos.





Atravesé un bosquecillo de troncos plateados. A la distancia, las piedras de la Gran Pirámide se fundían con las ramas secas.

¿Qué podía encontrar al fin del camino? ¿Un arqueólogo extranjero cepillando falos? ¿Un ladrón de piezas sagradas? La caminata duró tanto que al llegar a la casita de piedras ya me había olvidado del rubio y su escalera. En eso... un ruido montaraz, seguido de piedritas que circundaron mis zapatos. Alcé la vista. Un japonés había resbalado a unos dos metros. Sonrió con dientes acorazados en platino:

—*Only one*—me dijo y corrió hacia el *sacbé*.

Subí a la casa y después de rodearla entendí la risa del japonés; sólo una de las gárgolas en forma de falo se mantiene erecta.

En la carretera de Uxmal a Kabah. Al subir una colina se abre una extensión verde y café, sembrada de plantas bajas. Gruesas columnas de humo suben al cielo. Más que en un método de cultivo pienso en una desesperada ofrenda a los dioses.

Al descender la colina: una construcción dorada. El Convento de Santa Elena absorbe la luz de la mañana.

Kabah, los ruidos del camino blanco. La ciudad sin visitantes está entregada a sus sonidos. Un *sacbé* circundado de ramas secas conduce al *Codz-Pop*; es mucho lo que zumba y grazna, una algarabía de animales escondidos. Camino entre ecos hasta que veo un par de mariposas color tur-



quesa suspendidas en el aire; luego una yuya revolotea con su plumaje amarillo y tres cardenales se confunden en una ráfaga naranja. Al llegar al *Codz-Pop* piso una rama y seis, siete, ocho *toj* salen de las puertas del edificio; agitan sus alas turquesa y luego las repliegan para aprovechar el impulso, como peces en zambullida. Los *toj* son pájaros de profundidades, viven en los cenotes y los huecos frescos; volaron *hacia abajo*, a las cuevas en el suelo.

Había visto el primer *toj* en casa de José Luis Loría, un virtuoso que ha logrado retratar con las puntas de sus Prismacolor todas las “maneras de aves de Yucatán”, como diría fray Diego. En su estudio me mostró algunas obras recientes –un tucán, un *toj*, un quetzal y un loro– que terminaba para una exposición en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Loría es más que un dibujante exacto. No ilustra: recrea. Los pájaros están vivos en sus pequeños troncos y la mirada no acaba de atraparlos.

En su mesa de trabajo, vi una pluma de *toj*, de un turquesa intenso. Loría la movió a contraluz y cambió de tono.

Luego habló de los *acuerdos cromáticos*. La naturaleza yucateca insiste en ciertos colores: el naranja, el azul turquesa, el verde intenso.

–Los mayas son muy sensibles a estos tonos. Paso la mitad del año en la selva y cuando les gusta un dibujo mío me dicen: “Qué bien matizas”, para ellos el matiz lo es todo.

Un amigo entró al estudio y dijo “ahí está”. En casa de Loría esto sólo puede referirse a un ave.



—Vas a ver el espíritu de Yucatán —Loría me tendió unos binoculares. A unos diez metros, en el bosquecillo que rodea su casa, un destello turquesa: el *toj* se mecía como un péndulo suave.

Al cabo de un rato llegó la hembra. Loría sonrió. La aparición era un acuerdo, el milagro renovado.

En un cuarto del *Codz-Pop* había un pájaro muerto, con un plumaje de un verde intenso. La presencia de tantos pájaros me había impedido vislumbrar las maravillas del edificio. *Codz-Pop* quiere decir la estera o el petate enrollado y es la cumbre barroca de los mosaicos de piedra, el Tepetzotlán de los mascarones de Chac. Pero como sucede con el arte Puuc, el exceso sólo existe con su antídoto; después de recorrer un largo *sacbé* se llega al monumental arco de Kabah, sin otro adorno que sus proporciones triangulares.

Cerré la puerta del coche y escuché un zumbido aún más próximo que los del camino blanco. Desvié la vista con la temerosa lentitud de quien ha visto más películas de terror de las que puede resistir. En la ventanilla derecha había una abeja alarmantemente parecida a los dibujos de la abeja africana. Tardé más en sacarla del coche que en llegar a Sayil.

Los trabajos de la lluvia. Después de una de las clásicas hondonadas Puuc, entré a una región donde ya había llovido. Otro país: plantas espesas, húmedas, de un verde deslumbrante, coronadas de bugambilias silvestres. Empecé a gritar hasta que noté que mi euforia se expresaba





de un modo aún más insensato: la aguja del velocímetro rozaba el 140. Nunca hubiera creído que me importaran tanto las plantas verdes. La sequía me había convertido en eso, un ser que aúlla cuando el agua aún es posible.

Y no era el único a quien la lluvia le alteraba el humor. Antes de darme mi boleto, el guardia de Sayil me ofreció un refresco, tallas en madera, me dijo los nombres de sus perros y bailó al compás de la cumbia *El pípiris nice*.

De nuevo me distraje con los pájaros, dos *yuyas* macho cortejaban a una hembra en cabriolas amarillísimas.

El Palacio de Sayil es una construcción en tres niveles que sería aún más imponente si no estuviera abandonada a los mordiscos de la hierba.

Me perdí buscando la estela que mi amigo Víctor Rendón, fotógrafo y guía de turistas, llama *El campeón*. Después de varias vueltas llegué al sitio indicado: la figura ostenta su campeonato entre las piernas.

Apenas diez kilómetros separan Sayil de Labná. Recorrí la misma cosecha verde.

En la explanada de Labná tres mestizas hablaban de agua de colonia. La pirámide principal está aún menos despejada de hierbas que el Palacio de Sayil. La visita vale la pena por la construcción fragilísima que se alza al fondo de la explanada, soportando una delgada crestería; sus huecos dejaban ver un cielo lapislázuli.

Al regresar escuché que las mujeres de huipil habían avanzado en el tema: discutían si el agua de colonia atraía o repelía insectos.





El día menos aciago. Los astrónomos mayas dividían su año de 365 días en 18 meses de 20 días y 5 días *aciagos*. Esta cuenta, con toda su exactitud científica, abre una puerta a lo inefable. Los 5 días “sobrantes” o “nefastos” tienen sus 24 horas comunes, pero deben vivirse con cautela.

Mayo es un mes prodigioso si se vive despacito, de lo contrario se sobrepasa la cuota de días aciagos y se corre el riesgo de regirse por un calendario opuesto donde sólo hay cinco días llevaderos.

En el camino a las grutas de Loltún, rodeado de plantas llovidas, supe que estaba en el calendario correcto, los días aciagos se replegaban a sus cinco jornadas inescrutables. Y aún faltaba algo mejor; a los pocos minutos vi una nube oscura hecha jirones; la carretera se nubló. Sólo pude contar dos gotas en el parabrisas; las siguientes cayeron con el estrépito del aire que revienta en mil esquirlas de aire.

Al ver el mar congelado que se resquebraja con la fuerza del deshielo se comparte la emoción primaria que guió al compositor de *La consagración de la primavera*. Al ver las ramas secas y los muñones que reviven azotados por el agua, se comprende al pueblo que cifró su destino y su religión en la llegada de las lluvias.

Lo que caía detrás del parabrisas no era la lluvia de las ciudades, el agua que activa los paraguas y hace que los niños jueguen *gato* en el vaho de las ventanas. Unos días antes, en miles de poblados se habían roto cuatro jarras sobre la tierra blanca. Desde entonces, los hombres





ayunaban y escrutaban el aire ardiente con una paciencia que desconocemos los advenedizos del primer calor. No había lluvia en toda esa agua; aquello no era un accidente del clima sino el diluvio de las plegarias escuchadas. Los cuatro *bacabs* rompían todos los cántaros del cielo.

La senda del vapor. Escampó y la carretera se volvió un espejo. El sol volvió a caer, quemante, y en el horizonte, de un azul fresquísimo, apareció un doble arco iris. Nunca había visto que la luz se descompusiera dos veces, pero aquel cielo era capaz de todos los prismas y todos los espejos.

Tomé la desviación a Loltún, una estrecha senda rodeada de ramones, flamboyanes, plátanos y palmas. Por las ventanillas entraba un vapor suave, oloroso a tierra y a verdura mojada.

En un villorrio de casas mayas un cura ofrecía confesión después de la tormenta. Había colocado una silla a la intemperie y la gente hacía fila para arrodillarse detrás de una mampara.

Llegué a Loltún aplastando charcos. Faltaba media hora para el cierre de las grutas pero no “costeaba” franquearle la entrada a un solo visitante.

–La luz es muy cara –me dijo el encargado.

Ya me iba cuando un guía se ofreció a mostrarme las tres primeras “salas” a condición de que luego lo llevara a su casa en un poblado vecino.

En la boca de la gruta hay un centenar de colmenas. Los mayas usaban la cera para sus antorchas. En otro





libro de viajes éste sería el episodio de cómo el extranjero hizo una imperfecta antorcha que se le apagó en el vientre de la gruta y tuvo que regresar sin más guía que la precaria sogá que había atado a su cinturón de gamuza. A pesar de lo cara que está la luz, nosotros recurrimos a un *switch*. Por alguna razón inexplicable las grutas se iluminan de tal modo que la prehistoria parece discoteca. Bañadas de luces rojas y verdes, las estalactitas y estalagmitas semejan un decorado de cartón-piedra.

Con su linterna de mano, el guía señaló filones de roca trabajados por el agua y la imaginación popular, relieves inciertos donde los años y los muchos visitantes han descubierto El Delfín, La Virgen de Guadalupe, El Jaguar. Pero los mayas dejaron señas más nítidas que la humedad. La gruta se llama “Flor en la piedra” por una roseta practicada en una saliente. Sin embargo, hay quienes creen que el nombre proviene de dos estalagmitas que al aporrearse producen sonidos que vagamente recuerdan las sílabas Lol-tún. Esta invención desvirtúa a los antiguos moradores de la gruta; el turista moderno está más dispuesto a creer en las voces de la roca que en los quehaceres nocturnos de los indios.

Si se iba la luz contábamos con la linterna de mano. Los mayas no tenían un auxilio semejante, por eso construyeron, o mejor dicho labraron, un *boxbé*, un camino negro acanalado que se puede seguir con el tacto de los pies.

La sala de los cinco depósitos de agua explica la temeridad maya. Durante todo el año, la gruta mantiene



llenas sus cuencas. El agua se filtra por la roca y hasta el turista puede beberla sin temor.

El guía vio su reloj y calculó que el último grupo de visitantes debía estar saliendo por la otra boca de la gruta. Teníamos que regresar antes de que quitaran la corriente.

En la caseta de entrada recogimos sus cosas, un morral de henequén con un portaviandas y dos tallas de madera.

—Entonces qué, ¿me da el *ride* a Oxkutzcab?

Subió al coche y me dio la mano:

—Me llamo Vicente Chablé.

—¿Oxkutzcab quiere decir “los tres tabacos”? —le pregunté.

—¿Quién le dijo?

—En los Leones juega un beisbolista de Oxkutzcab y le dicen “el de los tres tabacos”.

—Eso dicen unos, pero los que hablamos la maya sabemos que Oxkutzcab quiere decir tres cosas: ramón, tabaco y miel. Es como con la *grilla* —añadió, sin que viniera a cuento; pronunciaba “gria”—. Unos dicen una cosa, otros otra. Yo estoy harto.

—¿De qué?

—De la *gria*, hombre.

El puesto de guía es hereditario; a él lo habían trasladado de Labná para acomodar a un muchacho que acababa de heredar el puesto. Antes había estado en Dzibilchaltún, Chichén, Labná, Kabah y Loltún. “En todas partes la misma *gria*.”



Al llegar a Oxkutzcab y ver cómo lo saludaban las gentes del pueblo supe que el cuidador de zona arqueológica tiene un *status* singular. No es raro que el puesto desate tantas intrigas; de cualquier forma los guardias hacen artesanías para completar sus ingresos. Vicente Chablé me mostró sus tallas en madera: los dioses del maíz y el tiempo. “Con tanta *gria* uno se tiene que volver milusos.”

Pasamos por la estación del tren, en forma de templo maya con mascarones de Chac, y me dijo orgulloso que su padre había trabajado en la construcción.

Me invitó un refresco en su casa y luego me señaló la ruta a Maní.

Pasé por la inmensa iglesia de Oxkutzcab y doblé hacia un camino muy estrecho. Avancé detrás de un caminante agobiado por una carga de hierbas como el dios del tiempo; para los mayas el transcurrir de las horas implicaba esfuerzo: el tiempo tenía que trabajar sus pasos.

Otro auto de fe. Llegué a Maní bajo un cielo oscuro y ominoso. Frente a la iglesia había un toro de lidia atado a un poste; los niños del pueblo lo apedreaban y hostigaban; después de varios días de tortura el toro acumula suficiente coraje para la corrida.

El Templo de San Miguel de Maní tiene un hermoso arco de medio punto coronado con una estatua del arcángel (más que un amenazante soldado de Dios es un angelote que no sabe dónde poner la espada). Afuera está la capilla de indios, una concha de piedra a la que antes se anexaba la nave de paja.

En el claustro encontré al campanero. Me llevó a ver el pozo del convento y las celdas de piedra donde vivió fray Diego de Landa. No han cambiado gran cosa desde 1562, el año de la destrucción de los textos mayas. Fray Diego ha atravesado la historia en direcciones opuestas, como censor y como clásico mayista; arrojó los códices al fuego pero memorizó todo lo que pudo para mitigar el daño. Vasallo de dos pasiones, obedeció a su fe ante las llamas y a su razón ante las cenizas. Su *Relación de las cosas de Yucatán* es un auténtico ensayo de restitución; por más que odiara “esas sus letras” donde no había sino “superstición y falsedades del demonio”, decidió preservarlas en un Libro de los libros incendiados. No pude seguir pensando en la figura ambivalente de fray Diego porque el cielo organizó su propio auto de fe. Un relámpago iluminó una menuda ventana. Me despedí del campanero. En lo que corrí del atrio al coche se desató la tormenta.

Vi la iglesia tras una película de agua. El toro recibía el diluvio como una deidad arcaica.

Running on empty. El camino a Teabó es tan estrecho que hay que tocar el claxon en cada curva para evitar un encontronazo y para no atropellar a las codornices que corretean por el asfalto. Esto me impidió pensar en otra cosa hasta que noté que la aguja de la gasolina marcaba tanque lleno, es decir, que no servía. ¿Cuántos kilómetros por litro da un Volkswagen? Recordé que en una época tan lejana como absurda no me había importado usar una camiseta que decía “Renault-5: 14 km por litro”. Éstas son

las modestas desgracias del hombre contemporáneo: estar casi sin gasolina a mitad de la selva, usando una camiseta de propaganda como Tabla de la Ley. Llegué a la conclusión de que en las mismas circunstancias el más perfecto de los Renault-5 hubiera tenido dos kilómetros por delante. Aunque yo iba en un Volkswagen con una voluntariosa tendencia a clavarse a la derecha, esa vaga información sacada de la camiseta bastó para tranquilizarme. De algún lado me llegó la letra de *Running on Empty*, compuesta por Jackson Browne cuando su coche lo transportó con el puro olor de la gasolina. La mente, no cabe duda, se apacigua con muy poco.

En Sotuta encontré un expendio al que sólo le quedaban cinco litros, más que suficiente para llegar a la gasolinera de Chichén Itzá.

Los chavos del ríspido octanaje. Me completó el tanque un supermacho con mirada de perdonavidas de doce años de edad. Tenía un copete peinado con esmero y una esclava dorada en la muñeca derecha. Un motociclista trató de presionarlo para que le sirviera más de prisa.

—Leve, galán. Sin pedos. Si quieres que te surta haz cola —le dirigió una mirada fulminante y luego le castañeteó los dedos a su subordinado, de unos siete años—: no te me apendejes.

Sacó un fajo de billetes para darme el cambio y los barajeó con habilidad de tahúr. Luego pateó la llanta delantera del Volkswagen y me criticó sin miramientos:

—Traes liso tu huarache.

¿Se le da propina al jefe de la mafia? Arriesgué una moneda. El niño la tomó sin decir palabra, volvió a la bomba de gasolina, giró la manivela y alzó un diminuto pulgar que interpreté como un estilizado agradecimiento hasta que advertí que apuntaba al marcador en ceros: “Lárgate de una vez”, el último mensaje de la gasolinera de los niños.

El grito de la walkiria. En mi primera visita a Chichén había visto varios hoteles cerca de las ruinas. La niebla y la oscuridad hicieron que llegara a la caseta de entrada sin reconocer un solo punto del camino. Pregunté por el hotel Villas Arqueológicas.

—¿Está usted embromando? ¿Qué no ve que es Met? —el rubicundo guardián consideró, con razón, que un hotel Mediterráneo estaba fuera de mis posibilidades—. Los taxistas recomiendan el Misión.

Hay lugares que se recomiendan solos, y el Misión no es uno de ellos. Los taxistas no debían estar muy activos esa noche porque entré a un sitio tan animado como el hotel de *El resplandor* de Kubrick. Detrás del mostrador vi una inequívoca señal de desolación: todas las llaves en sus casilleros. El encargado era agradable a la manera de un golem:

—120,000 pesos el cuarto.

—¿Y cuántos huéspedes tienen?

—De momento ninguno.

—¿No hacen descuento al primer cliente?

—No.

Al arrancar aplasté unos alcatraces, creando el único toque humano del hotel Misión. A los pocos minutos apareció un letrero en la llovizna: Hotel Dolores Alba. Entré a un comedor agradable, iluminado con quinqués, que miraba hacia una alberca. Casi todas las mesas estaban ocupadas, pero aún había sitio para un mexicano en la clientela. A mi derecha tenía a un matrimonio argentino que hablaba del barroco en voz baja, enfrente a tres indios que intercalaban palabras en inglés y en hindi (creo) y a la derecha una pareja que no hablaba, pero que sin duda era alemana, por su cara de *angst* y por los huaraches con calcetines. Afuera, las ranas (mexicanas, al fin) croaban con gran estruendo.

Mi apetito era tal que estuve a punto de no advertir el mayate que cayó en mi plato para competir en tamaño con las albóndigas. Los indios también tenían hambre de viajeros; después de una cena opípara, pidieron plátanos para llevar al cuarto.

Cuando salí del comedor los alemanes seguían sin decir palabra. Me desplomé en la cama. Todas las pirámides que vi en el día se confundieron en mi mente. Soñaba con una escalinata inacabable cuando escuché el grito de mi vecina:

—¡Klaus, Klaus!

Así me enteré del nombre del alemán de huaraches. ¿Cómo es posible pasar, sin que medien palabras, de la angustia existencial al furor wagneriano? Los alemanes se amaron con una intensidad que me despejó la mente de pirámides.